

Eje IV: Balances y perspectivas sobre las políticas públicas en la región. Sus impactos en la desigualdad, la construcción de derechos y la constitución de sujetos

(Re)pensando la construcción de identidad(es) masculinas desde la política pública.

Autoras: Kaplan, Yanina y Josid, Micaela Tamara

E-mail: kaplanyanina@gmail.com

Pertenencia Institucional: Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

Palabras Claves: Adolescencia(s) – Masculinidad(es) – Identidad(es)

Este escrito es producto de la tesina de grado “Construcción de la(s) masculinidad(es) en tiempos de consumo globalizado” en el marco de la carrera Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad de Buenos Aires. Desde una perspectiva socio-antropológica y de género, nos propusimos (re)pensar la relación existente entre el modelo hegemónico de masculinidad (Connell, 1995) y el consumo problemático de sustancias psicoactivas. Para esto, reflexionamos sobre una política pública destinada a niños/as y adolescentes en situación de vulnerabilidad social: el Centro de Atención Integral a la Niñez y Adolescencia (CAINA) en el cual pudimos observar cómo los adolescentes varones (re)construyen su identidad a través de la participación en este dispositivo que tiene como objetivo garantizar sus derechos.

Cabe aclarar que nos insertamos en la institución por el plazo de seis meses, tiempo en el que pudimos realizar observaciones participantes y no participantes de los diferentes espacios en los que participan los niños/as y adolescentes, así como también realizar entrevistas semi-estructuradas a los/las operadores/as sociales y a el/la coordinador/a del dispositivo. Por otro lado, tuvimos la posibilidad de llevar a cabo un grupo focal con los adolescentes varones. De esta manera pudimos acceder a los significantes que ellos mismos le dan a sus discursos y prácticas, comprendiendo su contextualización dentro de una realidad compleja, la relación de estos sujetos implicados en ésta y los estereotipos de género presentes.

Por lo expuesto anteriormente, nosotras podemos afirmar que el cuerpo de los adolescentes es un territorio en el que se inscribe una determinada cantidad de acciones. Lo que vislumbra los modos en que los varones internalizan una serie de

prácticas las cuales son producto de una sociedad patriarcal que los educó y educa haciéndoles creer que deben ser de determinada manera por poseer tal o cual sexo, es decir, incorporar patrones socialmente aceptados como “lo masculino”. En consecuencia, sostenemos que estas prácticas muchas veces conllevan un riesgo para sí (como en el caso del consumo problemático de sustancias psicoactivas). En este sentido, iniciamos la investigación con el prejuicio de que todos los adolescentes varones que asisten al dispositivo consumían en forma problemática y esto tendría un vínculo estrecho con el modelo hegemónico de masculinidad que tomamos de R. Connell. Este prejuicio con el cual partíamos, se vio desarticulado al observar los diferentes tipos de “ser varón” presentes en los discursos y prácticas de los varones adolescentes.

La perspectiva de género nos permitió observar los estereotipos existentes, es decir, la costumbre de las sociedades a agrupar a la gente bajo un listado de características basándose en los roles e identidades que socialmente se le han asignado a cada uno/a según su sexo. Se trata de generalizaciones, ideas simplificadas, descripciones parciales y distorsionadas sobre las características de los varones y las mujeres (PNUD, 2012). A su vez, nos permitió ver la manera en que se ponen en juego en la política social analizada, los mandatos (re)producidos alrededor de la(s) masculinidad(es). Hemos observado tanto las actividades como las intervenciones realizadas desde la política social y pudimos reflexionar sobre nuestros propios estereotipos y supuestos iniciales.

Partimos de pensar este estudio de manera situada¹ por lo que discutiremos los conceptos de: adolescencia(s), identidad(es) y masculinidad(es) entendiendo a todos ellos en plural debido a que no son conceptos unívocos ni cerrados, sino por el contrario, deben ser analizados en tiempo y espacio.

En el marco de la investigación realizada, entendemos a la(s) adolescencia(s) como una etapa de la vida que asume características diferentes dependiendo de otras variables tales como la clase social a la que se pertenece. Para analizar cómo se inscribe la figura del adolescente en esta realidad, tomaremos a Rossana Reguillo (2013), quien afirma que hay que tener presente los “territorios juveniles” (Reguillo, 2013: 11), es decir, aquellos espacios en donde los jóvenes “despliegan estrategias, producen discursos, experimentan la exclusión y generan opciones” (Reguillo, 2013:

¹ Recuperamos la noción conocimiento situado propuesto desde el feminismo (Haraway, 1991), que comulga con otras formas de reconocimiento de los propios intereses y valores aún en escenarios supuestamente objetivos y neutrales como la investigación, y el lugar del lenguaje en la construcción de nuestro mundo, destacando la responsabilidad humana y política a la hora de la intervención/investigación desde la perspectiva de género (País Andrade y otras, 2015).

12) para analizar la(s) adolescencia(s), sus formas de construir su masculinidad(es) y el vínculo de ésta con la problemática del consumo de sustancias psicoactivas. Para la autora, es imposible pensar a la adolescencia como un continuo temporal y a-histórico debido a que no son una categoría homogénea, ni comparten los mismos modos para insertarse en la estructura social.

Foucault desarrolla el concepto de biopolítica aludiendo al doble dispositivo disciplina/gestión que resultó indispensable para el desarrollo del capitalismo debido a que el poder sobre los cuerpos rentabiliza la producción industrial (Alcoberro, 2011: 1). De esta manera, se produjeron cuerpos sanos y más rentables. Por lo tanto, se llamarán individuos “peligrosos” a aquellos quienes no se adaptan a la norma, es decir, a los que en el siglo del surgimiento de la biopolítica se los llamó “anormales”. En este sentido, retomamos el concepto para decir que en la actualidad los adolescentes, y más aún los aquellos que se encuentran en situación de vulnerabilidad social son catalogados justamente como “anormales”, como “poblaciones-problema” sobre las que hay que intervenir e institucionalizar con el objetivo de normalizarlos/as. Cabe señalar que la adolescencia comenzó a ser tomada como una etapa de la vida diferente a la adulta a partir de la necesidad de construir un nuevo mercado. A esto podríamos sumarle que mientras se configuraba el sistema neoliberal, los adolescentes de nuestro país comenzaron a (re)configurarse socialmente como los responsables de la violencia en las ciudades. Ya a comienzos de la década de los ‘90 se extendió el imaginario que los construía como delincuentes y violentos “el agente manipulador de esta etapa fue la droga” (Reguillo, 2013: 20). Es por eso que decidimos hablar de adolescencia(s) y analizar la construcción de su identidad en una sociedad que los etiqueta como problemáticos y anormales.

En concomitancia con el concepto anterior, entendimos que la(s) masculinidad(es) se construyen en las trayectorias y experiencias de vida en relación a los géneros. Por eso, la definimos como el conjunto de atributos, valores, funciones y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada donde éste último aparece como esencialmente dominante. Existe una forma hegemónica de socializar a los hombres que está cultural e históricamente construida, la cual puede tener variaciones pero siempre adjudica “ventajas” para el varón tales como mayor independencia, agresividad, competencia y la incorporación de conductas violentas y temerarias (Connell, 1995). En este sentido, es necesario señalar que las relaciones de género son consecuencia y resultado de una historia cultural que los condiciona y atraviesa y hasta muchas veces actúa de manera inconsciente en ellos, esto quiere decir que la(s) masculinidad(es) también deben verse situadas en tiempo y espacio.

Pero también, el concepto es inherentemente relacional, la masculinidad existe solo en contraste con la feminidad.

Connell describe cuatro tipos diferentes de masculinidad(es) que no se encuentran como tales en la realidad sino que funcionan como “tipos ideales”², nosotras centramos el análisis en dos de ellos: la hegemónica y la marginada: El primero refiere a la dinámica cultural por la cual un grupo exige y sostiene una posición de liderazgo en la vida social. Se define como configuración de práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, lo que avala la posición dominante de los hombres sobre las mujeres. La hegemonía³ es la dominación cultural en la sociedad como un todo. El segundo, hace referencia a la interrelación del género con otras estructuras como clase o raza y crea relaciones más amplias dentro de las masculinidades. La marginación es siempre relativa a una autorización de la masculinidad hegemónica del grupo dominante. La violencia forma parte de un sistema de dominación y de jerarquización socialmente permitida así como también la masculinidad es una configuración de la práctica dentro de un sistema de relaciones de género.

Asimismo, (re)pensamos la categoría identidad entendiendo a la misma como dinámica y en permanente construcción que está arraigado al género. País Andrade define a la identidad como un acto por medio del cual el individuo se clasifica y define, así como también, identificándose con un grupo y diferenciándose de otros(s), se enmarca en límites sociales, étnicos, en fronteras sectoriales y de género (País Andrade, 2010). Nos identificamos de cierta manera que se encuentra culturalmente aceptada. Esta “existencia” solo de dos cuerpos, este binarismo de hombre-mujer nos hace encajar dentro de determinados parámetros que nos definen de forma clara y certera (Lamas, 2007). El comportamiento, los tratos y los vínculos que nos identifican están representados por lo masculino y femenino. Pero particularmente en los adolescentes varones en situación de vulnerabilidad social los roles de género se ven claramente en juego como estrategia de supervivencia a la criminalización, patologización, estigmatización e invisibilización. Podríamos decir que la(s) identidad(es) son resultado de un proceso histórico, en donde cada uno/a, ya sea un sujeto, grupo, etc. es determinado y se determina en un juego donde se presentan

² Max Weber construía tipos ideales como una forma de tomar determinados elementos considerados relevantes para su construcción. Estos no se presentan en forma “pura” en la realidad, sino que puede ser combinados. En consecuencia, los tipos ideales no son ni verdaderos ni falsos, sino que son de utilidad para analizar la realidad.

³ El autor utiliza la palabra hegemonía tomándola de Gramsci quien la define como la dirección intelectual, económica, política y cultural que logra una clase que se vuelve dirigente e impone una cosmovisión del mundo. Esta clase logra difundir sus intereses particulares como si fueran universales a través del sistema educativo, las instituciones religiosas y los medios de comunicación.

múltiples estrategias identitarias en relación al espacio social y el lugar que ocupa el mismo en un período y tiempo determinado. No nos encontramos definidos desde que nacemos por una identidad inamovible y estática, sino que, esta es volátil y dinámica en relación a las relaciones que podemos entablar con otro/a y que se modifica según las significaciones y representaciones que vamos incorporando a lo largo del crecimiento y de los vínculos.

En el proceso de construcción identitaria de los adolescentes varones que se encuentran en situación de vulnerabilidad social, observamos que, el modelo hegemónico de ser y socializar como hombre, se entrecruza con el estereotipo de “adolescente en situación de calle” (varón consumidor, violento, dominante y heterosexual), que es reproducido en los discursos y prácticas tanto dentro como fuera del mismo. Pero también, lo hace con la situación de exclusión social que vulnera sus derechos. Los adolescentes crean un personaje que les permite estar dentro de los dispositivos destinados a ellos, en este, se muestran fuertes, violentos, temerarios y consumidores. Estos adolescentes, al estar expuestos a situaciones de violencia colectiva y represión policial, además de la sanción social, se ven obligados a encontrar estrategias de supervivencia. De esta manera, conforman su identidad en la periferia de lo que se entiende como “normal” y se identifican con ese estigma (re)construyendo los símbolos identitarios, pero siempre moviéndose en el sistema capitalista actual, que tiene a la adolescencia como el mercado privilegiado de todo tipo de bienes. Así, el consumo, la delincuencia y la violencia son en gran parte reproducidas por este colectivo identitario y no creada por ellos, como muchas veces se quiere mostrar desde el discurso político de la “inseguridad”.

Pudimos ver que la adolescencia de los adolescentes varones en situación de vulnerabilidad social se desarrolla entre la falta de redes de contención y la escases de recursos del Estado que reproduce un modelo de cuidado apuntado más que nada hacia la mujer, dejando entrever que entiende al varón como más fuerte y con más “aguante”. En consecuencia, notamos que su consumo, sea o no problemático, responde a una estrategia para sobrevivir en calle que se hace parte de su identidad. Los escasos vínculos que mantienen y la alta cantidad de lugares recorridos presentan un contexto que pone en peligro su integridad. El escenario es hostil, incierto e inseguro y estos varones cuentan con un mínimo de experiencias y prácticas de cuidado y protección.

Artiñano (2015) considera al género como una categoría surgida para explicar una incomodidad, es decir, la distancia o la diferencia que se genera entre las prácticas que desarrollan los sujetos y las que la sociedad espera o pretende que ellos

desarrollen en función de su sexo. Esto parte de la necesidad de establecer un orden surgido en vinculación a las relaciones de poder. En la institución esto se pudo ver claramente, la capacidad de los adolescentes varones para divertirse como niños, pero al mismo tiempo pelearse como adultos, ser violentos ante el resto pero sensibles en lo privado, refleja esta incomodidad. Hay una tensión entre la imagen que se tiene de ellos “pibes chorros”, “violentos” y “consumidores” (imagen que ellos materializan en acciones) y lo que realmente estos adolescentes varones son. Si bien muchas de las actitudes que llevan a cabo son violentas y agresivas, también son cariñosos, expresivos y demostrativos. La tensión que se presenta entre los discursos de las instituciones y estas cualidades ocultas de la población hace que indefectiblemente estos adolescentes reproduzcan todo esto que la sociedad les dice que tienen que ser y hacer.

Como consecuencia de la ausencia de Estado, la estigmatización y criminalización, estos adolescentes deben encontrar la manera de sobrevivir ¿es posible elegir cómo vivir donde todo falta? Por lo tanto, entendemos que la masculinidad hegemónica, es socialmente valorada pero no por ellos. Al entender que la(s) masculinidad(es) son situadas, observamos que los adolescentes varones de la institución, no se identifican con modelos hegemónicamente aceptados en todas las clases sociales, sino que, por el contrario, se identifican con modelos varoniles que se encuentran más bien en los márgenes. Tal como dijimos antes, la masculinidad marginada es aquella masculinidad que se entrecruza con la clase social (entre otras características) por lo que ellos se encontrarían socialmente marginados. En el borde, las experiencias del vivir se vuelven supervivencia y por eso entendimos al consumo como una estrategia de construcción de masculinidad(es) y a su vez como una forma de salir de la incomodidad.

Desde nuestro trabajo de campo, daremos cuenta del vínculo entre el proceso identitario de los adolescentes varones en situación de vulnerabilidad social en relación a la construcción de género a través de la política pública dirigida a esta población. Por lo tanto, podríamos hacer mención a que la política pública que se orienta a varones y mujeres adolescentes en situación de vulnerabilidad bio-psico-social no se encuentra en la actualidad abordada de forma integral, holística y con perspectiva de género. Las instituciones públicas si bien se encuentran en proceso de poder intervenir de esta manera, consideramos que continúan interviniendo desde una (re)producción de estereotipos y de políticas públicas que fragmentan y se dirigen con un foco mayor a las mujeres, por ejemplo en cuanto a salud sexual y reproductiva.

Bibliografía:

- ALCOBERRO, Ramón (2011). Para discutir el concepto de biopoder, en: filosofía I Pensament. Disponible en <http://www.alcoberro.info/planes/foucault10.htm>.
- ANDRADE, Marcela A. y DEMARCO, Laura (2010). “Construyendo Género: el consumo cultural de Juegos y Juguetes”, en: La igualdad y la diversidad de género desde los primeros años, Editorial Las Juanas, Buenos Aires.
- ARTIÑANO, Néstor (2015). Masculinidades Incomodas: jóvenes, género y pobreza. 1ª ed. CABA: espacio editorial, Buenos Aires.
- CONNELL, Roberta (1995). “La organización social de la masculinidad”, en T. Valdés y J. Olavarría, (Eds.), Masculinidad/es: poder y crisis, No 24, ISIS-FLACSO.
- LAMAS, Marta (2007). “El género es cultura”, en: V Campus Euroamericano de Cooperación Cultural. (Almada, del 8 al 12 de mayo de 2007): Cooperación y diálogo intercultural, Portugal, O.E.I, pp. 1.10.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2012). Masculinidades plurales: Reflexionar en clave de géneros. Aportes para el Desarrollo Humano en Argentina. Género en cifras: mujeres y varones en la sociedad Argentina, Buenos Aires.
- REGUILLO, Rossana (2013). Culturas Juveniles: formas políticas del desencanto. Editorial Siglo Veintiuno, Buenos Aires.